

DIANE BROECKHOVEN

UN DÍA CON JULES

Traducción:

MARTA ARGUILÉ BERNAL



MAEVA

Adelanto de edición. © MAEVA Ediciones

Este libro se encuentra en proceso de edición,
puede contener erratas.

Galeradas promocionales.

MAEVA Ediciones es titular de todos los derechos de propiedad intelectual de estos archivos digitales. Todos los derechos están reservados y por tanto su contenido pertenece única y exclusivamente a MAEVA Ediciones. El acceso a este material no supondrá en forma alguna, licencia para su reproducción y/o distribución que, en todo caso, estará prohibida salvo previo y expreso consentimiento por escrito de MAEVA Ediciones. El usuario se compromete a usar estos archivos exclusivamente para uso personal.

Adelanto de edición. © MAEVA Ediciones

Lo que hayamos hecho con nuestras vidas
es lo que somos cuando morimos. Y cuenta
todo, absolutamente todo.

El libro tibetano de la vida y la muerte

La media hora intemporal entre despertar y levantarse envuelve a Alice como una prenda entrañable. Flota en un útero imaginario, nadando hacia un nuevo día. El cuerpo relajado se acomoda en los cálidos pliegues de la cama. Siente los músculos y las articulaciones ingrátidos, la mente, vacía. El olor de Jules —un toque de alcohol evaporado, nuez moscada y hombre viejo— yace a su espalda como una negra sombra. Fiel a su costumbre, Jules está en la cocina preparando el desayuno, su única aportación a las tareas domésticas que ella recuerde. Cada mañana, a las ocho en punto, Jules empieza su ritual. Alice se levanta cuando el aroma del café recién hecho cubre los olores de la cama y ya lleva un buen rato contando sus bendiciones. Se incorpora trabajosamente y siente que la piel de las caderas y los muslos le tira como un elástico demasiado tenso. Los pechos flácidos buscan amparo contra las costillas. Sabe que las molestias de primera hora irán remitiendo gradualmente con ligeras punzadas y que alrededor del mediodía volverá a sentirse en su cuerpo de siempre. Más o menos.

Había nevado. Alice miró por la ventana y vio la calle bañada en una luz blanca. Se echó el albornoz por los hombros en un intento por conservar el calor de la cama en la tela de rizo azul. Se ajustó el cinturón y metió las manos en los bolsillos. Bajo el resplandor amarillento de una farola estaba Bea, la vecina de abajo, quitando la nieve del portal.

«Pelota», pensó Alice.

Permaneció de pie, escuchando alternativamente el murmullo de la escoba y el roce de la pala, una fanfarria lejana que no se acercaba nunca. Con un estremecimiento se encaminó hacia el aroma del café.

Ha nevado, Jules –le dijo a la nuca de su marido, que asomaba por encima del respaldo del sofá. Jules solía esperarla en la cocina sentado a la mesa, puesta siempre según el mismo y estricto ceremonial. Sonrió al ver que no le respondía. Seguramente estaba contemplando la nieve con melancolía, recordando el pasado, cuando aún había inviernos de verdad, crudos y rigurosos. Se acercó despacio a él, frenada por la rigidez de las rodillas y, en un impulso, le puso la mano sobre el fino cabello. Rodeó el sofá de piel deslizando los pies con precaución y se sentó al lado de su marido. Se sintió indulgente por el hecho de que Jules se hubiese saltado sus propias normas domésticas para admirar el paisaje nevado a través de la pared de cristal. Así le regalaba a Alice una pizca de libertad inesperada. No tenía que entrar en vereda enseguida.

Se arrimó más a él y sintió el calor de su hombro. Fugazmente reclinó la cabeza hasta notar el roce de la áspera tela de la chaqueta contra su mejilla.

—Hay luz y sombra a la vez —dijo sonriendo a su reflejo en el ventanal.

Jules no le respondió. Permaneció sentado junto a ella, inmóvil, con las manos sobre la raya bien planchada del pantalón. Oyó que en la cocina las últimas gotas de agua caían en la cafetera eléctrica, seguidas de una apoteosis de borbotos y vapores. En el ruidoso silencio que siguió, Alice cobró conciencia de la realidad.

—¡Jules!

La voz le brotó con fuerza de la garganta como un pájaro asustado que emergiese aleteando de los arbustos. Lo sacudió y lo golpeó, pero no se produjo el menor movimiento en su cuerpo inerte.

—¡Jules!

Otro pájaro. Uno pequeño y cauteloso.

Él no reaccionó. Se movió pesadamente cuando ella lo agarró por los hombros con los dedos crispados como garras. Jules estaba muerto. No podía creerlo, pero no le quedaba más remedio. Había muerto mientras ella disfrutaba del momento más dichoso del día: su media hora uterina. Sin embargo, antes había cumplido con sus obligaciones: había puesto la mesa y hecho el café.

Le parecía tan extraño haber estado sentada a su lado creyéndolo vivo. Le había hablado convencida

de que se levantaría, la acompañaría hasta la cocina y los dos se sentarían juntos a la mesa del desayuno. Ese pensamiento la serenó. Jules sólo estaría muerto de verdad cuando su fallecimiento la penetrara hasta lo más hondo de su ser. De momento, la verdad apenas rozaba la superficie, sus terminaciones nerviosas. Le entraba por los poros como una lluvia menuda.

—Es duro para los que se quedan —musitó y la banalidad de aquel ridículo comentario logró sosegarla por unos instantes. Posó su mano, caliente aún de la cama, sobre la de Jules, que notó algo fría, aunque no yerta.

Por supuesto que habían hablado de la muerte y habían compartido sus temores a convertirse en piltrafas humanas. Jules siempre se exasperaba cuando ella decía que no le importaría acabar demente. Le parecía una vida libre de preocupaciones. No más normas, sólo enfermeras que pacientemente te iban dando los últimos restos de vida a cucharadas; amiguitas de la infancia y los primeros amores secretos que venían a visitarte de improviso. A Jules le sacaba de quicio que mencionara a estos últimos. Él había sido su primer amante, el que la inició en la vida y en el amor, y ni siquiera cincuenta años después toleraba bromas sobre presuntos rivales.

—Piensa por un momento en los que se quedan en vez de pensar sólo en ti misma —le reprochaba—. Imagínate que ya no me conocieras. Ni a Herman, ni a tus nietos.

Bueno, ése era el problema de los que se quedaban, se decía Alice, aunque se guardaba bien de expresar en voz alta aquel pensamiento tan sumamente egoísta. Le inspiraba tanta paz saber que a las puertas de la muerte desaparecería en un banco de niebla donde los recuerdos se irían desvaneciendo lentamente y los ruidos se apagarían. La idea de acabar la vida de esa manera se le antojaba incluso romántica. El final de una película francesa en la que los colores se difuminaban en un fondo de tonos pastel. ¡Fin!

Hubo momentos en los que deseó profundamente no conocer a Jules, pero lo llevaba grabado en la piel. Jamás sería invisible para ella.

Una muerte súbita, sin dolor, sin miedo, ésa habría sido la elección de Jules si hubiera podido escoger. Una gran mano que lo empujase por la espalda sin darle opción a resistirse. Debía de ser la misma sensación que tiene una mosca en la fracción de segundo en que el periódico doblado se cierne sobre su indefenso cuerpo. Alice opinaba que eso era mucho más duro para los que se quedan. Además de que desaparecer de la vida sin previo aviso era una grosería.

Si Jules no le dejaba caer en la demencia, Alice se decantaba entonces por un trance mortal bello y profundo. Ni demasiado largo, ni demasiado corto. Prefería no pensar en el dolor ni en otras contingencias físicas humillantes como pañales y miembros amoratados. Yacería bien arropada entre sábanas recién planchadas, el cabello teñido de gris plateado y las

uñas bien cuidadas. Tendría la oportunidad de contarle a Jules todo lo que le había callado durante cincuenta años. Que lo odiaba y que lo amaba. Que hubo veces en las que deseó huir pero que se alegraba de haberse quedado. Que hubiera querido ser libre, pero que se sentía unida a él con toda su alma. Cosas que no se dicen en el día a día. Se darían la mano y se lo perdonarían todo. Absolutamente todo. La mandíbula de Jules se tensaría por un instante bajo su piel flácida, una señal para que Alice se contuviera. Pero en aquel postrer momento, Jules se reprimiría. No se enfadaría con ella ni le haría reproches. La dejaría morir en paz. Empezaría a echarla de menos antes de que ella reuniera las fuerzas para exhalar su último aliento.

Alice estaba tan ensimismada en sus propias fantasías que por un momento se había olvidado de que era ella la que se había quedado sola. Al cobrar nuevamente conciencia de lo inevitable, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se secó las mejillas y con los dedos húmedos le dio una palmadita a Jules en el dorso de la mano. El frío de la muerte le excavaba galerías bajo la piel. Alice se levantó y absorbió la luz blanca que entraba inclemente en la estancia. Después fue a sentarse sobre la mesita de roble del salón frente a su marido y le estudió el rostro, indecisa. Tenía los ojos entornados, como los de un niño vencido por el sueño en pleno juego. En los labios —¿los tenía azulados o eran imaginaciones suyas?— le bai-

laba la sombra de una sonrisa. ¿Habría sentido Jules la gran mano en la espalda que lo impelía a traspasar el umbral entre la vida y la muerte? En ese instante Alice vio sus gafas en el suelo. Las recogió y con un gesto mecánico limpió los cristales con la punta del albornoz y las deslizó con cuidado sobre la nariz de Jules.

Alice sabía que no había sufrido y eso la reconfortaba. Se preguntó si debía cerrarle los ojos. En las películas había visto que los familiares del difunto le cerraban los párpados con un leve movimiento del pulgar. Se levantó y, situándose a la derecha de Jules, le puso la mano en la cara. Temblaba. El verano anterior encontró en el portal un gorrión que se había caído del nido. Se lo llevó a casa y lo sostuvo en la mano, el único lugar que alcanzó a imaginar para dejarlo morir. Tras un último estremecimiento, la muerte le sobrevino envuelto aún en una calidez plumosa. El roce de los párpados de Jules y la caricia apenas perceptible de sus pestañas en la palma de Alice despertaron de nuevo al pajarillo. Retiró la mano apresuradamente. No podía. La extrañeza desaparecería del semblante de Jules si lo hacía. Volvió a sentarse en la mesa de centro y contempló la mirada asombrada, casi cohibida, que le confería un aspecto juvenil y vulnerable. Debía dejarlo así.

Al bajar de nuevo la vista, Alice reparó en los pies descalzos de Jules sobre la alfombra persa. Sonrió.

—Pero Jules —dijo sacudiendo la cabeza—, ¿dónde has dejado las zapatillas? Se te van a enfriar los pies y luego te dolerá la vejiga.

Fue hasta el dormitorio, en el que ahora también se colaba aquella insólita luz blanca. Había que abrir la ventana, una tarea que en realidad le correspondía a Jules, pero que hizo ella. El esfuerzo le resonó por todos los huesos y provocó una reacción en cadena de pensamientos confusos. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo pasaría el día sin Jules? ¿Cómo viviría sin él? Se obligó a concentrarse en las zapatillas de piel y se puso a buscarlas por el pequeño piso. Miró en el cuarto de baño y, contra toda lógica, levantó la tapa del cesto de mimbre de la ropa sucia. El corazón le latía desbocado. La búsqueda completamente absurda de las zapatillas de su difunto marido le impidió explotar y perder los estribos.

Las encontró bajo la mesa, bien alineadas debajo del plato de Jules. Aquí debió de sentir en la espalda el primer empujón de advertencia de la gran mano, aventuró Alice, y se apresuró a ir hasta el sofá en calcetines antes de precipitarse en el abismo. Se sentó en la silla de Jules, se quitó sus zapatillas y deslizó los pies en las de Jules, que la acogieron en su cálido interior tal como ella había acogido a Jules en el pasado. La emoción le subió por las piernas y las caderas hasta el regazo y por unos instantes le impidió levantarse. Pero consiguió sobreponerse, regresó al salón arrastrando los pies y se sentó de nuevo frente a él.

—Ahora voy a ponerte las zapatillas y luego iré a desayunar —anunció al azorado rostro de Jules—. Me tomaré tu café por última vez. Y tengo que pensar ahora que tú ya no lo harás por mí.

Se inclinó hacia delante y sintió cómo los músculos de los muslos se le tensaban dolorosamente, pero tenía que hacerlo.

—Vamos, coopera un poco —lo instó.

El talón izquierdo le encajaba exactamente en el hueco de la mano derecha, pero la pierna inerte de Jules pesaba como el plomo y no había forma de doblarle la rodilla ni el pie. Alice no se dio por vencida. Se arrodilló en la estrecha franja de la alfombra que había entre la mesa y las piernas de él, y no cejó en su empeño hasta ponerle las zapatillas. De repente, deslizó las manos por las perneras del pantalón y le estrechó las piernas en una caricia que se prolongó hasta las huesudas rodillas. La piel exhalaba frescor, como si Jules hubiese estado paseando en el frío aire nocturno con las piernas al aire. Alice le levantó el dobladillo de los pantalones y observó las sombras blancas y azuladas que conferían a la piel un tono lechoso. El mismo color de su propia piel.

Apartó las manos de las piernas de Jules con brusquedad y se las metió en los bolsillos. En la cocina se sirvió una taza de café y se untó una rebanada de pan con mermelada de albaricoque. Comía, removía el café y tragaba. Mientras contemplaba la fracción de mundo exterior profusamente iluminada,

volvió a oír la fanfarria en la lejanía. Las paladas largas y cortas de alguien que estaba quitando la nieve del portal. Al menos no se caería de bruces cuando saliese a comprar más tarde. ¿Es que tenía que salir a comprar hoy? ¿Tendría que salir a comprar algún día? No se imaginaba sola delante de las estanterías del supermercado sin Jules a su lado oficiando de director. Una risita nerviosa le subió por la garganta.

¿Qué se suponía que tenía que hacer ahora? ¿Llamar a un médico? ¿A Herman? Seguro que a esas horas ya debía de estar en el trabajo y sería su esposa Aimée la que atendiera la llamada. Alice sacudió la cabeza con resolución. Herman debía enterarse de la muerte de su padre por boca de su madre y no por extraños. ¿O Aimée no era una extraña? Se levantó y se sirvió otra taza de café. Aquello la ayudó a sofocar el pánico que empezaba a aletear de nuevo en la base del estómago.

Abrió la nevera y evocó su contenido casi sin necesidad de mirarlo. Hoy tenía previsto comer chuletas de cordero con ajo y romero. A Jules le encantaban. Ayer metió las chuletas en el carro de la compra sin preguntarle siquiera. Alice jamás había podido quitarse de la cabeza la imagen de los corderitos lanosos y su ración acababa casi siempre en el plato de Jules.

En el cajón de las verduras se recortaba el contorno en forma de nube de una coliflor. El pastoso